

Dámaso Chicharro

Una relación diferente: Ángel Lázaro entre Manuel Machado y Antonio Machado

Itinerarios. Revista de estudios lingüísticos, literarios, históricos y antropológicos nr 17, 23-46

2013

Artykuł został opracowany do udostępnienia w internecie przez Muzeum Historii Polski w ramach prac podejmowanych na rzecz zapewnienia otwartego, powszechnego i trwałego dostępu do polskiego dorobku naukowego i kulturalnego. Artykuł jest umieszczony w kolekcji cyfrowej bazhum.muzhp.pl, gromadzącej zawartość polskich czasopism humanistycznych i społecznych.

Tekst jest udostępniony do wykorzystania w ramach dozwolonego użytku.

UNA RELACIÓN DIFERENTE: ÁNGEL LÁZARO ENTRE MANUEL MACHADO Y ANTONIO MACHADO

Resumen: Desvelamos la existencia y estudiamos tres desconocidos artículos de Ángel Lázaro sobre Antonio Machado insertos en el desaparecido diario *Pueblo*, de Madrid, de 1975. En ellos se nos ofrecen facetas inéditas del poeta y se nos confirma de primera mano su relación con una joven de iniciales L. H., ya en la etapa segoviana del poeta. Desvelamos el nombre completo de esta mujer, además de otros importantes aspectos de la relación de los Machado con Lázaro referidos a su faceta de dramaturgos en los años treinta del pasado siglo.

Palabras clave: Antonio Machado, Manuel Machado, Ángel Lázaro, teatro español del siglo XX, diario *Pueblo*

Title: A Different Relationship: Ángel Lázaro from Manuel Machado y Antonio Machado

Abstract: Revealing the existence and study three unknown items on Antonio Machado, Ángel Lázaro inserts in the defunct newspaper *Pueblo*, Madrid, 1975. They offer us unprecedented aspects of the poet and first-hand confirms her relationship with a girl of initial L. H., and Segovia in the stage of the poet. Revealing the name of this woman, as well as other important aspects of the relationship of Lázaro Machado referred to his role of playwrights in the thirties of last century.

Key words: Antonio Machado, Manuel Machado, Ángel Lázaro, twentieth-century Spanish theater, newspaper *Pueblo*

Hace ya algún tiempo que no nos ocupamos de la producción literaria de Ángel Lázaro. El último estudio que recordamos fue el titulado *Ángel Lázaro y su libro Sangre de España, elegía de un pueblo*, La Habana, 1940, inserto en *A zaga de tu huella. Homenaje al Profesor Cristóbal Cuevas*. Se trata de un trabajo específicamente dedicado al comentario de ese libro, publicado en su querida Cuba, que pretendía, en una fecha tan temprana como 1940, buscar la reconciliación entre los españoles, que acababan de concluir el conflicto armado más duro y demoledor de su historia. Allí nos referíamos a la diferente suerte de los autores literarios de valía, que viene muchas veces determinada por las circunstancias, los ecos, los encasillamientos generacionales, en especial a partir de la primera mitad del siglo XX, y tantas otras cuestiones

“anecdóticas” que para nada deberían influir en la consolidación de los auténticos valores. Poco después añadíamos:

Tal ha sido el caso negativo de Ángel Lázaro Machado (1900-1985) que tal vez por ser rigurosamente contemporáneo de la generación del 27 y no haber querido ser encasillado defendiendo su independencia se halla postergado en los estudios críticos, circunstancia o malhadada secuencia que acaso se supere, aunque parece difícil, cuando el tiempo sitúe a cada uno en su lugar. (Chicharro 2005a)

Hoy no podemos decir sino que pensamos lo mismo: no se ha hecho justicia aún con Ángel Lázaro, pese a que la bibliografía va aumentando, aunque de manera muy lenta, y sólo mediante evocaciones más líricas que otra cosa en los actuales medios como internet, propiciada por algunas instituciones como la diputación provincial de Orense¹. Creemos que desde nuestros tres estudios amplios sobre el autor nada decisivo se ha escrito y eso que datan respectivamente de 1975, 1977 y 1997. El primero fue nuestra tesis doctoral, titulada *En el contexto de teatro en verso: los Machado y Ángel Lázaro. Un intento de aproximación a través de la crítica*, defendida en la Universidad de Granada allá por 1975, estudio que continuamos en nuestra primera publicación seria, titulada ya de modo específico *El teatro de Ángel Lázaro*, aparecida en el Servicio de Publicaciones de la misma Universidad en 1977. Se trataba de un estudio completo de su producción dramática, auspiciado por el Departamento de Literatura Española de aquella universidad y que totaliza 450 páginas. Y, entre otros de menor enjundia, el referido a “Unamuno y Ángel Lázaro. Noticia de una relación desconocida” (Chicharro 1996c).

Decíamos en nuestro estudio del homenaje al Profesor Cuevas (Chicharro 2005a) que, pese a estos esfuerzos, una personalidad tan desconocida reclama todavía alguna dedicación, necesidad que el tiempo no ha hecho sino incrementar. Por eso, a propósito del centenario de la llegada de Antonio Machado a Baeza (1912-2012) hemos creído oportuno estudiar de nuevo la figura de Ángel Lázaro, dada su estrecha vinculación con Antonio Machado y lo desconocido de la misma. Hay un dato que nos parece relevante: justo cuando se cumplía el centenario del nacimiento de Antonio Machado, el poeta Ángel Lázaro, en 1975, vuelto a España desde su exilio cubano, residía ya en Madrid y dedicó a aquella conmemoración tres enjundiosos artículos, aparecidos en el diario *Pueblo* semanalmente, a partir del 18 de agosto de 1975, bajo el título genérico de “Mi amigo Don Antonio Machado”. Estoy por decir que prácticamente nadie ha reparado en ellos. Yo los conozco porque el propio Ángel Lázaro me habló en cierta ocasión de estos breves trabajitos que son de una entidad y de un calado máximos. A ellos pretendo dedicar mi atención en estos momentos próximos a ese otro centenario machadiano, uniendo efemérides con efemérides.

El primero lleva el título general de “Cómo conocí al poeta” e inserta como epígrafes independientes: “Unos versos leídos a su hermano me dieron la excusa”, “Era para

¹ El último trabajo que conocemos es un breve compendio que, con el título de *Ángel Lázaro Machado*, aparece en <http://blogsdelagente.com/franciscoarias/2010/3/26>. El autor, Francisco Arias Solís, se limita a rellenar poco más de una página con escasas y conocidas referencias a la obra poética y teatral del gallego, sin tener en cuenta amplios estudios previos que parece ignorar.

nosotros un ser inasequible, solitario, casi divino”. El segundo se inicia con la expresión “No le gustaban las tertulias” y añade a continuación: “Por eso cuando era descubierta cambiaba de café”, y un tercero y último, que lleva este sugerente título: “Un amor oculto del poeta”, que resulta todavía a la altura de 2013 de bastante novedad en los estudios machadianos. Por ello creo que merece la pena dedicarle cierta atención en homenaje al propio Don Antonio y a Ángel Lázaro, que llegó a ser algo más que su “amigo cordial” ya que, como demostramos en nuestra tesis hace casi cuarenta años, el teatro de Ángel Lázaro, escrito su mayor parte en verso, es la lógica –y ahora diría– la más consciente continuación del teatro de los Machado, según tuve ocasión de manifestar reiteradamente en aquel estudio. La justificación, por tanto, me parece evidente: por una parte, la necesidad de incidir en la revalorización de Ángel Lázaro Machado, que así es como se llama, aunque poca gente lo sabe y, en segundo término, el homenaje a Antonio Machado Ruiz con motivo de cumplirse el centenario de su llegada a la ciudad de Baeza en 2012.

Si pasamos al análisis, enseguida veremos hasta qué punto las fechas y los datos juegan malas pasadas: en la entradilla del periódico *Pueblo* recién citado de 18 de agosto de 1975, se comete un error no precisamente menor. Dice así: “Nuestro periódico, en sus páginas literarias, recalcó en su día, víspera del nacimiento de Don Antonio Machado (26 de julio de 1885) el centenario del poeta. Dentro del espíritu de este centenario, comenzamos a publicar hoy una serie de tres trabajos, de Ángel Lázaro, con sus recuerdos personales de este gran cantor de Castilla y el intimismo”. Como se habrá advertido, el error es obvio: Don Antonio Machado no nació en julio de 1885, sino exactamente diez años antes, es decir, el 26 de julio de 1875, segundo de los hermanos, tras aquel a quien Don Antonio reverenciara hasta el extremo, su querido Manuel, no menor en la estima actual de las letras españolas, a quien le unió, además del cariño fraterno de todos sabido, ese amor especial hacia “el mayor” y esa valoración peculiar de su literatura y el hecho mismo de la colaboración teatral en un conjunto de nueve obras cuya edición completa concluimos en el año 2008 para la editorial Espasa Calpe².

Veamos, pues, el contenido del primer artículo y estimemos su importancia, comenzando ya desde las primeras líneas, donde Ángel Lázaro nos dice que llegó al conocimiento de Antonio por medio de Manuel, cosa perfectamente normal, puesto que, como es sabido, Lázaro convivió y trabajó codo con codo con Manuel Machado nada menos que diez años en la redacción del periódico de izquierdas conocido como *La Libertad*. Así dice el poeta:

Antes que a Antonio Machado yo conocí los versos de su hermano Manuel. El libro *El mal poema*, leído entre los cañaverales de Cuba a los 17 ó 18 años (yo había ido a Cuba desde mi Galicia natal), me produjo una gran impresión, sobre todo aquel poema titulado “Invierno” que empieza:

² El último volumen de los cuatro que recogen las obras teatrales completas de los Machado apareció, con estudio introductorio, notas y texto en la citada editorial (Espasa Calpe) en 2008. Se trata de la última obra que ambos firmaron conjuntamente: *El hombre que murió en la guerra*. Va acompañada de una de las mejores adaptaciones machadianas: *El aguilucho*, de Edmond Rostand, debida a Manuel Machado y Luis de Oteyza.

Calla viejo organillo
 sentimental... En balde
 lanzas la melancólica sonata
 conocida. ¡A otra parte!...
 ¡Oh, la crueldad y el mal y la fatiga
 de luchar sin cuartel y las mortales
 heridas a traición, las puñaladas
 de que no brota sangre!

En efecto, el poema de Manuel que había interesado tanto a Lázaro en La Habana, sin duda por su condición de emigrante, es el que evoca esa especie de “organillo de la despedida”, el mismo que sonaba –decimos nosotros– en *Proa al sol*, la primera obra dramática de Lázaro, el que tocaba aquel curioso personaje que iba y venía siempre de España a América en el mismo barco, casi sin enterarse, tocando por el sustento como forma de vida, para animar a aquellos pobres emigrantes, condenados casi por maldición divina. Dicho de otra forma: el que apenas conocía las dos riberas de siempre, el de navegaba de mar amar sin apenas abandonar el barco, símbolo triste del destino de emigrante, que constituía entonces una especie de sino para los gallegos. Como es lógico, también para Ángel Lázaro, orensano de nacimiento, cubano de adopción, nuevamente orensano, luego madrileño y, al fin y al cabo, como él dijo en algún momento, “español de dos riberas”, que vuelve a ellas de manera recurrente, tanto en su lírica como en su teatro. Por eso le impresionaron de esta manera esos versos de Manuel Machado, relacionados evidentemente con su vida de emigrante inveterado y constante, acaso contra su voluntad.

Cuenta luego una curiosa anécdota, que tuvo lugar en La Habana con motivo de la llegada a la Isla de Francisco Villaespesa. Éste era entonces un autor de primera fila, gran figura a quien todos admiraban y que se constituía, junto con Rubén Darío, en una de las grandes firmas del Modernismo aquende y allende el Atlántico. Dice así nuestro poeta:

Otro día llegó a La Habana el poeta español Francisco Villaespesa en un recorrido por algunos países americanos de nuestra lengua. Todo lo que iba de España era para nosotros incentivo. Tomé un ejemplar de su *Abén Humeya* publicado en *La novela teatral* de Madrid (diez céntimos) y fui en busca de una dedicatoria. Todavía no había leído yo las palabras de Juan de Mairena (Antonio Machado) sobre Villaespesa (aún no las había escrito): “¡Cuánta vida, cuánta alegría, cuánta generosidad hay en él!”

Nótese ya la estimación, la admiración y el fervor que despertaba Villaespesa en todos los autores, en particular, como es lógico, entre los más jóvenes, como Lázaro, que confiesan sin reparo esa necesidad casi infantil de poseer un autógrafo del gran maestro. Trátase de Antonio Machado o del propio Ángel Lázaro o, por qué no decirlo, de los grandes públicos de toda Hispanoamérica, que esperaban su llegada como la de un poeta absolutamente consolidado y reconocido por todos. “¿Cómo se llama usted?” dijo a Ángel Lázaro como quien gozaba de la mayor fama entre sus contemporá-

neos. Ello da lugar a una interesante anécdota que comienza a permitirnos ver cuál era el auténtico carácter de Lázaro, su independencia de criterio, su capacidad de autonomía contra corriente, su orgullo si queremos, que tal vez han influido negativamente en su escaso reconocimiento general. Cuando el orensano le dijo su nombre completo (Ángel Lázaro Machado), inmediatamente responde Villaespesa: “Pues tiene usted ese segundo apellido que le va a abrir paso enseguida –exclamó con entusiasmo–, porque hay dos grandes poetas españoles que se apellidan Machado”; en relación, obviamente, con Manuel y Antonio, ya suficientemente consolidados en el mundo de las letras de entonces. Pero la respuesta de Ángel Lázaro parece brotada de esa especial soberbia, con rabia y humildad contenidas, que solamente los verdaderos creadores son capaces de ofrecer en tales circunstancias: “Lo sé –contesté con esa humildad orgullosa propia del que no ha cumplido los veinte años– pero yo no quiero acogerme a la gloria de nadie. Y lo cierto es que pocos saben que mi segundo apellido es el de los poetas hermanos”. No puede decirse de manera más clara: es esa actitud independiente y orgullosa hasta en su propio perjuicio, contraria a la que habían venido manteniendo los autores por generaciones y generaciones. Recuerdo ahora mismo como muy significativo el caso de Mariana de Carvajal y Piédrola, la novelista menor del XVII, giennense de nacimiento y madrileña de adopción, que llega a colocarse como segundo apellido el de Saavedra, para parecerse a Cervantes y así publicar y distribuir más ejemplares de sus conocidas *Navidades de Madrid y noches entretenidas* (Chicharro 2005b). Pues bien, la actitud de Ángel Lázaro Machado es exactamente la contraria: la de prescindir conscientemente de su apellido “natural” para no parecerse o aprovecharse en nada a y de los Machado, para no cobijarse bajo ningún buen árbol, para ser él mismo, auténtico y único como poeta. Y así lo mantuvo hasta su muerte en 1985. Firmó siempre como Ángel Lázaro. El “Machado” sólo lo conocíamos sus amigos y no todos.

Como vemos, se trata de un trabajo muy particular acerca de la relación de Ángel Lázaro con el poeta Antonio Machado. Efectivamente, el poema de Manuel que había interesado al residente en la Habana (no lo olvidemos como signifiante de aquella emigración tantas veces frustrante) es el que hablaba del organillo de la despedida, el mismo que –decíamos– sonaba en *Proa al sol*, una de las mejores obras teatrales de la primera mitad del siglo XX dentro de lo que se ha convenido en llamar “Teatro poético”. Referíamos la anécdota de Villaespesa cuando Lázaro, demostrando su independencia y hombría de bien, se había negado a ser conocido y reconocido por su segundo apellido. Soy testigo –insisto– de que jamás quiso utilizarlo, recalcando lo que decía literalmente, “yo no quiero acogerme a la gloria de nadie”.

Cuenta también la anécdota de la revista *España*, donde se inserta el que califica como “el mejor poema que se ha escrito en castellano desde hace tiempo”. Es el famoso de Antonio que comienza: “Daba el reloj las doce/ y eran doce golpes de azada en tierra./ Mi hora –grité– /El silencio me respondió:/ no temas, aún no verás/ caer la última gota/ que en la clepsidra tiembla./ Dormirás muchas noches todavía/ sobre la orilla vieja/ y encontrarás una mañana pura/ amarrada tu barca a otra ribera”. Pensamos por qué le causó tanta impresión aquel poema. Acaso por los tres versos finales, que él prosificaba en su dicción gallega, donde habla de esa “orilla vieja” y de la barca que encontrará esa mañana pura en la otra ribera. Para Ángel Lázaro una y otra ribera fueron una forma

de vida y una patria única a la que tal vez no terminó de acostumbrarse. Nunca se sentía, como nos dijo tantas veces, español sino a su modo, de dos riberas. Él sabía muy bien que ese era su destino, el de las dos orillas, por su condición de emigrante perenne de España a América, por su padre español de pura cepa (de Burgo de Osma) y su madre cubana (de Santa Clara) y terminó no sabiendo realmente de dónde era. En América, en Cuba en concreto (donde más vivió), se le consideraba español, y en España, cuando volvió en los años sesenta, se le consideraba un poeta cubano; lo mismo que sucedió con José Viñals, en la actualidad recién fallecido, a quien tanto se parece en este sentimiento de transterrado. Véase a este propósito la tesis doctoral de Guillermo Fernández Rojano (2011) donde insiste profundamente en la influencia del “transtierro” en los poetas españoles o americanos, como es el caso de José Viñals. Se parecen entre sí y frente a los demás. En alguna ocasión nos lo recordó el propio José Viñals en los últimos momentos de su vida. Tanto le impresionó el poema machadiano, que confiesa sin rebozo:

Desde aquel momento fue Antonio Machado mi poeta. Y eso que ya un poeta joven cubano –todos éramos jóvenes– me había prestado un libro de Juan Ramón, *Pastorales*, de su primera época, y *Pastorales* es para mí, con *Platero y yo*, lo mejor de su delicado jardín. Por cierto, sin leer a Juan Ramón, hacía yo entonces versos muy juanramonianos. Quiero decir, como influidos por él. ¿Por dónde me había llegado esta influencia? Hay que pensar que la poesía está, a veces, en el aire, como el polen, y la respira uno sin darse cuenta.

La nómina que nos ofrece de redactores y colaboradores del periódico *La Libertad* es verdaderamente impresionante desde la perspectiva del año 2013, es decir, ya bien entrado el siglo XXI. Encontramos una cantidad de colaboradores, de críticos, estudiosos y, en suma, personalidades de primer nivel que publicaron en aquel periódico, que hoy son reconocidos como primeras figuras. Entre ellos estaban, junto a Lázaro y Manuel Machado, Miguel de Unamuno, Luis de Zulueta, Eugenio D’Ors, Pedro de Répide, Gabriel Alomar, Gómez de la Serna e incluso el propio Pablo Iglesias y otras gentes de menor relieve. Así dice: “Y esto era por el año 1923-1924, cuando conocí personalmente a Manuel Machado”. Su conocimiento, que empezó de una manera meramente circunstancial en aquella redacción, tuvo sin embargo un gran efecto durante muchos años, pues allí convivió diariamente, como una especie de ayudante estimado desde los primeros tiempos, que llegó a convertirse en gran amigo. En un momento de aquellas largas tardes en una redacción casi vacía se atrevió a preguntarle por su hermano:

¿Cómo está el poeta Antonio Machado? le pregunté, rectificando al punto yo mismo, digo Don Antonio Machado.

No, no –respondió él– Antonio Machado. Así está bien: Antonio Machado. Y es que había comprendido que yo veía en su hermano algo sobrenatural.

–Pues verá usted –añadió Don Manuel– verá usted...

Hizo una pausa. Era la atardecida. El poeta y crítico teatral acostumbraba a llegar a esa hora, abría su casillero de correspondencia, miraba a ver si había llegado alguna “papeleta” (él le llamaba así, al modo andaluz, a la entrada de invitación para el críti-

co) sin quitarse siquiera la capa (nadie la ha llevado como él, y me contó que esa capa era un regalo que Enrique Gómez Carrillo le trajo de Sevilla) y se marchaba tal vez en busca de Antonio Machado, que acaso había llegado de Segovia, de cuyo instituto era profesor de francés y que le estaría esperando en algún rincón de un café donde los dos pudieran pasar inadvertidos.

Esta anécdota de la “papeleta”, es muy de sabor machadiano y andaluz, pues todavía se oye en los pueblos de la Andalucía Occidental llamar la “papeleta” al ticket o entrada, como queramos, a un espectáculo público. También la de aquella capa, regalo de Enrique Gómez Carrillo, personaje tan estimado de todos, americano español, transterrado también. Era mayor que Manuel y, por supuesto, mucho más considerado y estimado por la crítica de esos años. Gómez Carrillo era entonces un personaje de primera magnitud, a quien muchos de aquellos poetas en ciernes –e incluso ya consolidados como el propio Manuel– tenían como maestro.

En efecto, es la etapa (a partir de 1919) en que Antonio llegaba de Segovia casi todos los fines de semana, pues era catedrático de francés de aquel instituto de manera oficial desde el 5 de noviembre, finales de 1919, y podía viajar con cierta comodidad a Madrid para poner en común con su hermano las escenas del teatro, su gran vocación, no lo olvidemos. Antonio Machado llevaba ya escritas desde Baeza algunas escenas de la que habría de ser su primera obra: *Desdichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel* y sin duda por el año 23 ó 24 del que nos habla Lázaro andaba corrigiendo, ordenando y terminando, pues la obra se estrenó, como es sabido y pusimos de manifiesto en nuestro estudio introductorio a la edición de Espasa Calpe, tras distintos retrasos, en los primeros días del año 1926.

Nos cuenta Lázaro también la anécdota de cómo Manuel llamaba “maestro” a cualquiera que con él trabajara, como era caso del propio Lázaro. Este no cejaba en su empeño y una y otra vez le preguntaba a hurtadillas por su hermano, y una y otra vez quedaba en pie esa demanda inicial, sin confirmación de fecha pero aceptada, muestra del interés de Lázaro y de la voluntad a regañadientes de Manuel. Ante tan reiterado interés sobre cómo estaba Antonio Machado una vez ya le respondió de forma directa y por las claras: “Pues verá usted, maestro, replicó pausadamente...”, porque llamaba maestro a su interlocutor del mismo oficio, fuera aprendiz o fuera menos todavía. Cuenta Lázaro que, refiriéndose a su hermano, le dijo: “Hay hombres que no necesitan más que un pedazo de pan y otro de queso. A mi hermano Antonio le basta con el pan solamente”. Esta anécdota nos habla ya de algo que conocemos: la frugalidad, de la ausencia de anhelo en lo material de Antonio Machado, porque, en efecto, él no necesitaba nada para vivir y en aquellos años segovianos todavía menos. “En el acto comprendí –dice Ángel Lázaro– que Manuel Machado admiraba, adoraba, por decirlo así, a su hermano tanto como yo, pero todavía no había tenido la gloria de tratarlo personalmente y no me atrevía a pedir a su hermano que me llevara hasta él”. Como concluye, seguía viendo en Antonio Machado algo irreal, “inasequible personalmente para mí”. Pero Manuel debía ciertos favores al poeta orensano, pues desde pueblos perdidos por todas las tierras de nuestro país, de maestros escuela o de mozos labradores, según se desprendía de los versos mismos, llegaban a la redacción del periódico versos que Lázaro se encargaba de valorar, clasificar

y “arreglar”, liberando a Manuel de una “pesada carga”. Es decir, la presentación se hacía inevitable por mucho que quisiera proteger al “hermano”. Y así fue.

Cuenta Lázaro que por aquellos años escribió una semblanza de ambos poetas, tan unidos y tan diferentes, una semblanza que recordará siempre y que me repetía una y otra vez, sobre todo aquel *ritornello* que todavía resuena en mí de “Antonio campesino y Manuel ciudadano”, sintetizando en estos calificativos su personal opinión de aquellos días. Dice Lázaro –lo hemos visto– que por aquellas fechas llegaban al periódico muchos versos de desconocidos poetas, que poco a poco iban insertando en una sección llamada “Líricos modernos” de *La Libertad*. Esta sección la había creado Luis de Oteyza, anterior director del periódico, colaborador de Manuel en adaptaciones teatrales, pero por aquellas fechas lo dirigía ya don Joaquín Aznar; y Manuel era el encargado oficialmente de seleccionar los versos de colaboración que entonces enviaban de toda España. Añade Lázaro que era incalculable el número de gentes que en España escribían versos entonces; unos llegaban con membrete y otros anónimos, de profesionales que deseaban la difusión periodística, y hasta de tenderos; llegaban de las cárceles y de las aulas, de pueblos perdidos por todas las tierras, de cualesquiera personajes, grandes o pequeños. La selección constituía una tarea abrumadora a la que había que hacer frente a diario. Incluso en alguna ocasión llegaban de auténticos poetas desconocidos, que Manuel Machado, con su fina sensibilidad, pretendía potenciar. No obstante, recuerda Lázaro que Don Manuel, “era un tanto perezoso” y a veces no atendía con la presteza debida a tal obligación, sobre todo en los últimos tiempos. Estaba o se sentía demasiado mayor para cumplir tal obligación diaria, leyendo versos cuya cuantía iba incrementándose sin pausa.

Aquella sección requería un esfuerzo constante que Manuel no podía o no quería dedicar como debiera e hizo de la necesidad virtud matando dos pájaros de un tiro. Así fue como formuló a Lázaro la siguiente propuesta: “Oiga usted, maestro ¿por qué no se hace cargo de leer todo eso?” Era una manera de descargarse de trabajo y de “ascender” a aquél (Lázaro) en el menguado organigrama de la redacción. “Muy bien –acepté–. Y le propuse: ¿no estaría bien suprimir lo de ‘modernos’ y dejarlo en ‘líricos’ nada más y así podríamos abrir un poco más la mano tratándose de una sección diaria? Magnífico –aprobó él– y así fue como aparecieron en ‘líricos modernos’ los nombres de Leopoldo Panero y de Alejandro Casona, perfectamente desconocidos para los lectores”. Me insistía Ángel Lázaro en esto, porque se trata de poetas y dramaturgos de primer nivel. En efecto, el poeta recordaba en los años setenta cómo él, en cierto modo, “sacó de la nada”, publicó los primeros versos de Leopoldo Panero y de otros muchos que no recordamos.

Nos llama la atención cómo Manuel defendía la soledad y la independencia de su hermano Antonio, hasta extremos verdaderamente increíbles, de manera que Lázaro no se atrevía ya a solicitar esa reiterada una y otra vez y nunca cumplida promesa de una entrevista con su hermano, a quien deseaba conocer con tanto ardor. “Pero ¿y Don Antonio Machado? preguntará el lector”... Una y otra vez: “A él habríamos de llegar en su momento pero en su momento”, es decir cuando lo decidiera Manuel, porque, como reitera Lázaro, éste defendía a ultranza la soledad, la independencia de Antonio, hasta lo inverosímil o inconcebible. “Cuidaba de él como de un hermano menor”, como en efecto era.

Una tarde –añade Lázaro– en papel de luto (aquella franjita negra que era costumbre usar y que compraban en el estanco del pueblo hasta lo más humildes) llegaron

unos versos, a modo de coplas, de una sencillez y un candor encantadores. El poeta, un pastor se adivinaba, veía pasar hacia la fuente, olivar abajo, a una muchacha; no le decía una palabra, ni siquiera trataba de acercarse a ella. El olivar, la fuente, la muchacha con el cántaro en la cadera... “Mire qué versos, Don Manuel, ¿los publicamos?” Hombre, sí. Y vamos a ponerle de apellido el nombre del pueblo (un pueblecito de la provincia de Toledo) para que los vecinos sepan que es él. Hagamos como hizo Gonzalo de Berceo. A éste le pondremos José de... (No escribimos el nombre porque a lo mejor vive todavía). Entre los dos arreglamos un poco las coplillas, gozando de antemano con la sorpresa del muchacho y de sus convecinos al ver al día siguiente el periódico.

Este poeta escribió bastante y de él nos refirió en los años setenta abundantes datos que lamentamos no recordar. Sólo que llegó escribir bastantes versos y que, en efecto, adoptó el sobrenombre con que lo bautizaron entre ambos: “El Pastor de Villatobas”, el pueblo toledano de donde era oriundo, lo mismo que hiciera Berceo. Hoy no sabemos prácticamente nada de aquellos versos que de manera tan entusiasta y solícita fueron arreglados por Manuel Machado y Ángel Lázaro aquella tarde.

Pero Manuel se resistía a presentar a su hermano. Era como si se hubiera hecho invisible, ocultado una y otra vez para Lázaro. Éste nos remitía al famoso poema en que él mismo intentaba diferenciarlos, tal como decíamos: “Antonio campesino y Manuel ciudadano”. Nunca aludía a él si no era para defenderlo del acoso que ya por entonces sufría como poeta reconocido y admirado. El texto de Ángel Lázaro merece ser reproducido. Es una especie de diálogo entre ambos hermanos, que se inicia:

– ¿Adónde vas, Antonio? –Manuel, voy a Castilla.
Y tú, ¿adónde? Pues yo voy a Sevilla, hermano.
Luego los dos viajeros se estrecharon la mano
y se quitaron algo de la fresca mejilla.
Manuel amó la flor sin despreciar la arcilla.
Antonio fue a lo puro, sin desdenar lo humano.
Y Antonio, campesino y Manuel, ciudadano,
al final se encontraron junto a la misma orilla.
Dialogaron así con el acento roto
mientras él solo iba hacia jardín ignoto:
–Dime hermano, ¿qué traes? –Antonio, traigo hastío.
¿Y tú? –Pues yo aquí estoy con mi antigua tristeza.
La barca era una sola, uno solo era el río.
Y los dos abatieron a un tiempo la cabeza.

Este poema, que fue leído a Manuel Machado por Ángel Lázaro como una forma de comprometerlo a lo que tanto ansiaba, agradó al poeta, surtió su efecto y, por fin, Don Manuel “se quedó mirando –dice el orensano– unos instantes”. Al final, llegó la ansiada noticia. La promesa por fin se iba a cumplir: “El sábado baja de Segovia a Madrid Antonio Machado. Yo le llevaré a usted donde le conozca personalmente”. Ya se había satisfecho su deseo: a aquel Antonio Machado, legendario e invisible, lo iba a conocer en carne mortal.

Me habían contado –decía Lázaro– haberlo visto en tan insólita humanidad y pobreza, no miseria pero sí pobreza, haberlo visto años atrás usando unas alpargatas negras que costaban sesenta céntimos y que disimulaban el no tener que comprarse unos zapatos y aquello continuaba aguijoneado mi deseo por verle, por tratarle, por estrechar su mano, por sentarme un rato al lado de él en el escondido rincón del café donde nadie lo conocía.

Por fin se va a producir el encuentro. Ángel Lázaro nos relataba con emoción esta semblanza tan personal –y en el fondo triste– que demuestra la diferencia de carácter de ambos hermanos, en la que Lázaro hacía hincapié una y otra vez y que él plasmó a su manera en el poema recién transcrito. Acaso ésa fue la causa directa de que Manuel se decidiera a presentarle a su hermano, que desde aquel momento se iba a convertir en su amigo personal.

En el segundo artículo comenta Ángel Lázaro su inquietud, su duda ante aquel primer encuentro. Se muestra con el temor casi infantil de quien va a conocer a alguien que le importa tanto y a quien tan bien conoce, pues ha leído y aprendido de memoria casi toda su poesía, según tuvimos ocasión de comprobar.

¡Por fin –dice el poeta alborozado– iba a conocer personalmente Antonio Machado!
¿Para qué? Yo había leído ya todos sus versos; algunos de sus poemas me los sabía de memoria. Llevaba en mi bolsillo para leerlo aquel tomito de la Colección Universal que costaba cincuenta céntimos, donde estaba la historia, la vida del poeta, contada en sus versos. ¿Qué iba a preguntarle? ¿Qué más quería saber de él si el poeta va dándonos todas las respuestas de su ser en su obra? ¿Qué podría saber de nuevo de aquel hombre?

En efecto, el poeta Antonio Machado, (don Antonio), tan querido en la distancia, tan admirado, tan leído en aquel momento en el endeble y recogido tomito de la Colección Universal, el de sus primeras y tan incompletas poesías, se iba a hacer realidad en carne mortal. Puedo dar fe de que se lo sabía de memoria y presumía de ello todavía en su vejez, desde el famoso poema “Retrato”, en que Don Antonio nos cuenta a su modo lo que quiere que de él sepamos, hasta los cantarcillos populares de la poesía epigramática.

En siete líneas –dice Lázaro– de prosa había contado él a modo de prologuillo lo cotidiano de su persona: que había nacido en Sevilla una noche de julio del año 1875, en el palacio de las Dueñas, del cual era su padre bibliotecario; que luego, trasladada la familia a Madrid, había estudiado en el Instituto Escuela; que había viajado un poco por Francia, y que sus aficiones eran pasear y leer.
Nada más. El resto estaba en sus versos, atravesados por un hilo de tristeza, de dolor, el que le dejó la muerte de Leonor, casi una niña, con la que se había casado en Soria y que se había muerto a los tres años de la boda. (Lázaro 1975)

Nos cuenta la azarosa aventura de aquellos tres trágicos años en que vivió con Leonor: la violenta y desusada progresión de la hemoptisis (“del pecho” dice Lázaro) y la anécdota por todos recordada de los largos paseos de Antonio con ella en el carrito, para to-

mar aquellos aires fríos que tanto le beneficiaban según los médicos de la época. Nada más. El resto estaba en sus versos, atravesados como dice por ese hilo de tristeza, de dolor, el que le dejó la muerte. Incluso nos recalca de manera sutil la soterrada rebeldía de Antonio ante lo inevitable: una muerte que acechaba en el recodo de un camino, algo que parecía inexorable pero que no quería creer, que intentaba disimular a cada paso, aun en contra de su inteligencia y de su más íntima convicción: “¿verdad que está mejor? Y los dos o tres amigos que a veces le acompañaban por la carretera asentían silenciosamente. La muerte. Y otra vez la soledad”. Recuerda Lázaro la publicación del epistolario inédito entre Machado y Juan Ramón por los años 1921 ó 1922, cuando dice Juan Ramón:

Creo que tú en Soria, yo en Moguer, más cerca de nosotros mismos, más que lo hubiésemos estado en una ciudad populosa, de aquellas en que antes hemos vivido, y en las que se está, a pesar de todo, más fuera de las cosas, nuestro caudal íntimo. Además... en todas partes hay belleza, porque en todas partes hay vida y muerte. ¡Y cómo se doma este corazón en la soledad! ¿Verdad, Antonio?... ¿Y qué nos importa a ti y a mí que nos conozcan más o menos? (Lázaro 1975)

Efectivamente, constata Lázaro esa sencillez de entonces, esa capacidad de ambos para penetrar en el fondo de lo humano, común a Juan Ramón y a Machado. La correspondencia entre ambos le permite evocar aquella situación y la gran influencia que tuvo Juan Ramón en que Machado abandonara la idea del suicidio, que tanto le rondó tras el fallecimiento de su mujer. Los párrafos, aunque muy conocidos, merecen el honor y el lujo de su reproducción, porque demuestran hasta la saciedad que en efecto ambas eran almas que se entendían, a veces a su pesar. El Machado y el Juan Ramón de esos días (el de *Soledades*, *galerías*... y el de *Pastorales*) seguramente son los más firmes poetas y los más íntimos, aunque nadie o casi nadie los conocía. Así lo testimonia Lázaro:

Y era verdad: casi nadie conocía a Juan Ramón ni a Antonio. Otros eran los que bullían y triunfaban en la Corte. Sólo unos pocos habían leído las *Soledades* y *galerías* y las *Pastorales* y las repetían para sí mismos:

Está en la sala familiar sombría
y entre nosotros el querido hermano
que en el sueño infantil de un claro día
vimos partir hacia un país lejano...

Asimismo se siente Lázaro como alguien que ha visto partir a buena parte de su familia y que un día no lejano tuvo también que partir él mismo. Si añadimos a Rubén Darío, por el que todos sentían admiración –y casi idolatría en la estima de Lázaro– ya está completa la tríada de las grandes personalidades de aquel instante por lo que a la lírica hispánica se refiere. Acierta plenamente el poeta, porque efectivamente el paso del tiempo ha venido a darle de modo absoluto la razón. A ellos se añade alguien más: un poeta que en aquellos instantes era muy conocido por otras facetas, no precisamente por la poética. Me refiero a Miguel de Unamuno, con quien tanto se relacionó nuestro autor

y al que tan gran devoción profesara Antonio Machado, puesta de manifiesto en tantas ocasiones y tópicamente en “Meditaciones rurales. Poema de un día”. Los versos de Juan Ramón que reproduce Lázaro son especialmente significativos de la altura poética que los tres alcanzan por aquellos días:

Esos novios que se besan en el jardín tras los árboles...
A mí no me quiere nadie...
Y como nadie me quiere
quizá algún día me mate.

Era un diálogo –dice Lázaro– a distancia de nuestros dos grandes poetas en su primera juventud que, con Miguel de Unamuno, habían de formar la gran constelación de la poesía española de nuestro siglo. Y yo iba a conocer en carne y hueso, iba a sentarme aquella tarde junto a uno de ellos: Antonio Machado.

Sobre la relación de éste con Juan Ramón se ha escrito mucho y no es momento de insistir en ella. Permítasenos, no obstante, un breve excursus y sucinto comentario. Juan Ramón, como es sabido, fue mucho más “combatiente” que Antonio. De hecho la editorial Point de Lunettes publicó la versión definitiva de su libro sobre la guerra civil, con numeroso material inédito (Jiménez 2008). Me limito a reproducir la información periodística sobre este libro, *Guerra en España, prosa y verso (1936-1954)*, suscrita por José María Rondón incluida en *El Mundo* del 13 de noviembre de 2009.

En efecto, Juan Ramón era el político real, el poeta combativo como dice Rondón, el “comunista individualista”, tal como se define a sí mismo en este libro sobre la guerra en España. En palabras del periodista, “un complejo libro autobiográfico compuesto por textos propios y ajenos, documentos y fotografías que arrojan luz sobre su trayectoria desde el estallido de la guerra civil hasta su muerte en el exilio” (Rondón 2009). Y me refiero ahora a la información no muy conocida que se inserta en la edición definitiva de este libro a cargo de González Ródenas, que viene a completar una primera edición no muy fiable del fallecido Ángel Crespo. El episodio que nos interesa es el que supuso el intento de Juan Ramón Jiménez por salvar a Machado durante la guerra civil: “Entre los episodios más jugosos de *Guerra de España*—dice el crítico— está el intento de Juan Ramón Jiménez y de su esposa Zenobia de salvar la vida de Antonio Machado en 1938” (Jiménez 2008). El poeta, que residía por entonces en La Habana, solicitó al ministro representante de la República en Cuba, Carlos Montilla, que lograra un contrato, una invitación de la Universidad para que el autor de *Campos de Castilla* pudiera salir de España. Será Zenobia la que resulte más clara sobre las razones del fracaso final. Anotará el 20 de julio de 1938:

Llamó a Montilla enseguida tratando una vez más de que invitaran a Machado a la Universidad. Ni Montilla ni José Gaos parecen querer que venga Machado y ponen tropiezos. La excusa principal fue la vejez y mala salud de éste, que le hubiera impedido tan largo viaje. No obstante, a Machado no se le dio nunca la oportunidad de negarse a aceptar oferta alguna para trasladarse a Cuba.

Insisto en que la actitud de Juan Ramón en aquellos momentos fue absolutamente positiva al respecto, hasta el punto de que empeñó su propia vida, su fama y su misma situación personal para que Machado llegara a acomodarse en aquel lugar, precisamente donde residía en esos momentos Ángel Lázaro, que no pudo ser, que evidentemente no fue consciente de este hecho. El dato que importa resaltar es que se pudo hacer por las autoridades políticas bastante más para que Machado residiera de manera estable en La Habana o al menos pudo intentarse algo más por la venida de Machado a la Isla, lo cual hubiera supuesto sin duda un distinto sesgo de los acontecimientos que concluyeron con la muerte del poeta sevillano. De ahí se puede concluir destacando la relación tan intensa y el sacrificio que en aquellos trágicos momentos hacían tanto Juan Ramón como Zenobia por evitar a Antonio Machado los sufrimientos que al final experimentó como es de todos sabido. Concluye el articulista con esta frase:

La muerte de Machado también le provocará una especie de reacción airada contra una parte de los exiliados que lo encumbraron como símbolo de las ideologías de izquierda y que, según el poeta –se refiere obviamente a Juan Ramón– tergiversaron su imagen en beneficio propio, olvidando que Machado nunca fue un político sino un poeta, que su valor universal radica en la calidad de sus versos y no en su ocasional intervención a favor de la República. (Rondón 2009)

Nada que objetar a esta observación, con la que estamos absolutamente de acuerdo. Pero véase por dónde, ya a la altura de 2009, tenemos que enterarnos de asuntos que no estaban nada claros y que ahora quedan palmariamente manifiestos cuando se publica el libro definitivo sobre este tema de Juan Ramón Jiménez.

A partir de ese momento tan deseado va a conocerlo realmente y va a comenzar esa relación que habría de transformarse en algo decisivo en el teatro de Lázaro y que habría de influir y también, como creo haber demostrado en otra ocasión, en el teatro de los Machado, pues ambos leyeron en su momento el teatro de Lázaro, al tiempo que éste asistía a las lecturas del teatro de ambos hermanos. La natural timidez de Ángel Lázaro –puedo dar fe de ello– tal vez le traicionó en el momento más inoportuno. Me lo imagino en aquella ocasión, andando de puntillas sin querer hacerse notar, como pidiendo perdón por su osadía, arrepentido acaso de haberle pedido a Manuel que le presentara a su hermano.

Ángel Lázaro era un tímido integral. Recuerdo muy bien nuestro primer encuentro, en una modesta pensión de la madrileña plaza de Santa Ana, donde moraba en una habitación, una sola cámara, sin apenas más muebles que una cama y una multitud de libros apilados por todas partes, que no dejaban pasar salvo por una especie de vericuesto o vereda centrada que se había construido acaso o que se había dispuesto adrede para nuestro primer encuentro. No sé por qué me vienen estos recuerdos a la mente pasados cuarenta años. Tal vez porque también yo mismo para aquel encuentro a comienzos de los setenta me había revestido sin quererlo de cierta timidez, pues por naturaleza no lo soy, pero sí entraba con el resquemor de quien –joven profesor en Madrid– va a visitar a un autor al que ha leído en su totalidad y cuyas obras de teatro se conoce por motivos profesionales casi de memoria, pues habían servido de base para mi tesis doctoral y luego primera publicación universitaria.

No obstante, dejemos de recordar aquello para incidir en su encuentro con Antonio Machado, que él relata de la siguiente manera: “La cita era en el Café Español, que estaba en la plaza de Isabel II, a espaldas del Teatro Real. Era un café inmenso, silencioso, casi circular, que yo prefiero recordar situado en el cuerpo mismo del viejo Teatro Real, aunque tal vez estuviera en una calle lateral, muy cerca del teatro”. Una primera duda le asalta de inmediato: “¿Estarían los dos hermanos esperando?”. Lo vamos a saber, pues el poeta lo refiere de manera precisa y lenta:

Seis de la tarde, más o menos. Verano. El café, desierto a aquella hora. En el centro, una plataforma y sobre ella un piano negro de cola, donde un anciano vestido de negro, cana la cabeza, interpretaba a Beethoven. ¿Dónde estarían los que yo buscaba? ¿Habrían venido o todo era un sueño por mi deseo de conocer Antonio Machado? Ya había empujado la puerta giratoria de cristales y, al penetrar en la penumbra del café y escuchar la música, anduve de puntillas. Atisé a un lado y a otro. No se veía a nadie. En esto distinguí casi en la semioscuridad de un diván dos personas. ¡Allí estaban!

En efecto, así fue, en un café sin gente, una tarde calurosa en el Madrid de 1920. Los detalles los relata con la precisión de quien los tiene grabados en la mente a fuego, como una foto fija e imborrable. Recuerdo muy bien que me contaba la misma escena incluso bastante antes de plasmarla en estos artículos. Todavía le quedaba el miedo, la duda, el resquemor, la sensación de que algo grande le iba a suceder en su vida, puesto que Antonio Machado era el numen de su poesía. También incluso en la distancia de Cuba había soñado con el poeta y había compuesto su propia obra, muy machadiana como es de suponer, trasmutando incluso la poesía del gran sevillano por la distancia del otro mundo o del nuevo.

De puntillas –dice Lázaro– también Don Manuel avanzaba hacia mí y para no perturbar al músico de beethoviano nos dirigimos, siempre de puntillas, al diván donde la sombra de Don Antonio esperaba –un corpachón enorme, vestido de oscuro, con la cabeza hundida en el pecho–, y el hermano susurró una presentación y me sentó en el centro de los dos. Los tres permanecemos en silencio.

No es difícil imaginar la escena. Don Antonio hablaba muy poco, como es bien sabido. Manuel pretendería que ambos poetas se explayaran a sus anchas y permanecería también en silencio. Nadie sabe cómo romper esos silencios y, por supuesto, el azoramiento del joven no podía ser mayor. Cuenta Lázaro que entonces ocurrió algo que le sorprendió: “La sonata había terminado. El viejo músico bajó de su plataforma y vino a sentarse a nuestro diván. Era ciego. Me di cuenta al tenerlo casi al lado, don Manuel en medio. Y yo me puse a mirar alternativamente a Don Antonio y al viejo músico”. Por supuesto, todos en un silencio que se podía cortar. El recuerdo de Lázaro es entonces un poema machadiano que le vino a las mientes y que “sonó” de repente: “En el corazón tenía/ la espina de una pasión/ logré arrancármela un día; / ya no siento el corazón”. Ese poema tan íntimo, tan puro como el propio Antonio, en esa línea de sencillez sin estridencias ni piruetas, como dice el autor, fue lo único que se atrevió a musitar. La valoración que hacía entonces Lázaro de la poesía machadiana se cifraba en dos textos, ambos magistrales, ambos

aún estimados en grado sumo por toda la crítica. Me refiero al citado y al que comienza: “Castilla miserable, ayer dominadora, / envuelta en sus harapos desprecia cuanto ignora”, o bien lo que califica como “aquello otro”. Ese era el que seguía: “...Desde un pueblo que ayuna y se divierte, / ora y eructa, desde un pueblo impío/ que juega al mus, de espaldas a la muerte, / creo en la libertad y en la esperanza, / y en una fe que nace/ cuando se busca a Dios y no se alcanza, / y en el Dios que se lleva y que se hace”. Siempre le fueron particularmente gratos estos versos, en los que veía una síntesis de toda la lírica machadiana.

Eran de ese poema –dice Lázaro– dedicado a Azorín por su libro *Castilla*, el poema, para mí, más redondo de Antonio Machado y uno de los mejores poemas que desde Jorge Manrique acá se han escrito en castellano. Ya no había duda para mí: Jorge Manrique, en lo distante; Rosalía, Bécquer, Maragall y Antonio Machado, después.

Esta selección, a la altura de 1920, nos evidencia el carácter, la estimación y la perspicacia de Ángel Lázaro. Si incluyéramos a Garcilaso y a San Juan, la lista estaría casi completa. Pero Lázaro pareció fijarse en la distancia de Manrique y en la actualidad –para él– de Rosalía y Bécquer, más el poeta, su poeta central, Antonio Machado y, en medio, como siempre en su estima, Rubén Darío, a quien admiraban todos en aquel momento. No estamos descubriendo nada nuevo, porque el propio Antonio lo ha repetido en más de una ocasión. La frase de Lázaro lo evidencia: “Por lo demás, el propio Antonio Machado se definía después con su brevedad acostumbrada, porque él apenas hablaba de sí más que en sus versos: ‘yo también admiraba al autor de *Prosas profanas*, al maestro incomparable de la forma y la sensación, que más tarde nos reveló la hondura de su alma en *Cantos de vida y esperanza*”. Es decir, Rubén Darío.

La tarde se hizo muy larga, en contra de lo que suele suceder en estos casos. Tras el consabido elogio de *Prosas profanas*, verdadero tótem para los jóvenes del momento y los no tan jóvenes como Machado, de nuevo el silencio. Luego tiene lugar la anécdota: el viejo músico, que interpretaba impasible un repertorio más que sabido, se levanta y se acerca al grupo. Algo inesperado va a ocurrir, que constata la indiferencia de Don Antonio por cuanto le rodeaba, pues poco le importaba la tensa situación y los nervios que aún atenazaban a su joven contertulio de silencios. La escena va a calmar la inquietud del joven Lázaro. Ha llegado ese momento en que lo mismo le da que interpreten un bolero o el *Réquiem* de Mozart. “El viejo músico –dice Lázaro– enlutado, pulcro, se levantó sin tanteos, como si no fuera ciego, y preguntó: ‘¿seguimos con Beethoven?’ ‘Sí, sí’, asintió don Antonio con la cabeza siempre hundida en el pecho... A todo decía que sí”. El ciego caminaba como vidente y don Antonio contestaba como ausente. Esto permitió que Lázaro se tranquilizara, pues todo comenzó a poseer ese aire de familiaridad y confianza que todo lo distiende. Al final escucharon música, hablaron poco pero se sintieron como familia que necesita poco para comprenderse.

“Desde entonces –comenta Lázaro– no era raro que yo me encontrase en mi casillero de la correspondencia del periódico algunas cartas”. Se debían a Manuel, aunque correspondían sin duda a la voluntad de ambos. En ellas se invitaba a Lázaro a lecturas, estrenos u otros avatares de la farándula madrileña. De esas cartas, de las cuales yo llegué a conocer algunas, transcribe el poeta sólo una, tal vez la más significativa, que dice:

Querido Lázaro: ¿Querría usted que charláramos un rato usted, Antonio Machado y yo esta tarde o mañana, sábado, también por la tarde, de siete a ocho, en el café de San Isidro (calle de Toledo, frente a la catedral)? Gracias y hasta luego o hasta mañana. Y un abrazo de su viejo compañero Manuel Machado.

Ángel Lázaro guardaba como un tesoro estas pequeñas misivas de don Manuel, como siempre lo llamó, porque ahora ya no era la voluntad del joven, sino la camaradería de don Manuel la que, desprendido como siempre, invitaba de manera personal y cordial al foro de esas reuniones informales, pero sumamente fructíferas, que tanto valoraba el poeta. En efecto, cuando venía Antonio de Segovia, raro era el sábado en que no estaban juntos, Manuel, Antonio y Ángel Lázaro, cosa absolutamente desconocida por casi todos. Solía suceder que la timidez de Don Antonio se manifestaba una y otra vez de manera siempre idéntica, porque en cuanto se les descubría su escondite –dice Lázaro– cambiaban de café. No querían tertulias propiamente dichas. Esto añade más valor a lo que acabo de comentar: a Ángel Lázaro lo consideraban alguien de su intimidad, fuera de las usuales tertulias del Madrid de aquellos años. Con esto se demuestra cómo las sensibilidades lazariana y machadiana congeniaron desde el principio. En especial –me repetía en 1975– con Antonio. Dicho claramente: Don Manuel era su jefe de oficina, del periódico, el que le ordenaba retocar los poemas o seleccionar lo mejor, el que revisaba en cierto modo su trabajo. Don Antonio, en cambio, era el amigo en la distancia, la persona cuyos grandes e íntimos motivos compartía, el poeta inspirador, querido y estimado en el fondo de su alma y cuya ideología, además, compartía.

Otra pregunta de Lázaro nos hace ver su orgullo y su incredulidad al propio tiempo:

¿Por qué me llamaba viejo compañero en su carta si él tendría poco más de cincuenta años y yo andaría por la veintena? Lo de compañero sería porque los dos trabajábamos en el mismo periódico. Por cierto, como ayudante de él después en la crónica de teatros durante diez años, de cuya redacción salíamos con el alba a diario.

Esa camaradería no se rompió nunca, aunque con la diferencia de mayor a menor, aunque le llamara compañero. Lázaro –y esto lo sé de buena tinta– siempre se consideró a una cierta distancia de Manuel; no así de Antonio del que, tras este primer encuentro, fue amigo íntimo, querido de él y por él.

Hay un detalle de su relación con Manuel que conviene señalar: la osadía de la juventud a veces causa estos desvaríos, a los que ahora nos referiremos, porque el trato desde entonces fue muy frecuente entre los tres y enormemente fructífero para Lázaro. De ellos –me decía personalmente– aprendió mucho: de Manuel, su alegría, su saber estar, su optimismo, su profundo conocimiento del teatro, que sin duda fue determinante para Lázaro, como dejé demostrado en mi libro de 1977. De Antonio, su seriedad, su hombría de bien, su calidad humana, que se veían a distancia. Pese a sus abundantes silencios se comunicaba con todos los que lo querían entender, que eran lo más: “Íbamos por aquella calle de la Madera, callados a trechos. A don Antonio lo veía de tarde en tarde... Pero creo que lo sentía más cerca de mí, por aquellas callejas, que a don Manuel”. Respecto al silencio igual sucedió en su etapa baezana, cuando su relación con Cristóbal Torres, Adolfo

Almazán o Leopoldo de Urquía nos muestra a un hombre callado e íntegro, de enorme vida interior, que sabía comunicar con las palabras justas e incluso escasas, como en su poesía, no tan abundante y sin embargo tan íntima y tan cercana para todos los lectores. “Desde entonces –aduce Ángel Lázaro– nos veíamos con la frecuencia que he dicho”.

La convivencia diaria con Manuel fue –como digo– más intensa: nada menos que diez años en la redacción del periódico, siempre a su servicio, a pesar de los casi treinta que los separaban, pues Lázaro nace exactamente en 1900. Y, sin embargo, la familiaridad entre ellos fue creciendo; si lo llamaba sistemáticamente “compañero”, algo debió de ver en el poeta orensano cuando así actuaba. La anécdota a la que me refería constata de primera mano algo bien sabido, pero con el sabor de lo directamente vivido: la desidia de Manuel por escribir su intimidad a esas alturas de la vida. En los años veinte ya consideraba que había dicho por escrito todo lo que tenía que decir. El hombre –pensaba– debe comunicar cuando tiene algo nuevo que aportar; “después más vale el silencio”, solía repetir Manuel. Todo lo contrario que su hermano Antonio, que estuvo escribiendo casi hasta el último día de su vida algo nuevo. Manuel, en efecto, escribía pero de otra manera. Cuando Lázaro pregunta “¿hace usted versos?”, la respuesta es escueta, clara y meridiana: “Ya no. Todo lo que tenía que decir lo dije hace mucho tiempo”. Y remacha, conocedor de su indiscreción: “Íbamos por aquella calle... callados”. Reconoce Lázaro que su pregunta había sido impertinente. Como dice en el mismo lugar, “a Antonio lo veía de tarde en tarde pero creo que lo sentía más cerca de mí. “Antonio Machado seguiría ‘haciendo versos’ en aquella alcobita de la pensión de Segovia, pues no dejó de ser nunca el cantor de Castilla”, según reitera el propio Lázaro.

El tercer artículo lleva un título bastante llamativo: “El amor oculto del poeta”. Es éste un asunto poco conocido y por ello le merece Ángel Lázaro un comentario más detenido. Se nos revela un rasgo muy característico de Antonio, tantas veces citado como poco entendido. Me refiero en primer lugar a esa voluntad decidida de escribir sólo el teatro que pudiera sintetizarse, como dice, “en una copla”, en algo mínimo. Su idea era que una gran obra podría ser, de hecho era casi siempre, síntesis de una coplilla popular de donde extraer todo el partido posible. Ángel Lázaro lo comprobó personalmente cuando le dedicó de puño y letra una de esas coplillas que, según confesión de Antonio, era el origen del gran drama *La Lola se va a los puertos*. Y presume Lázaro de esa copla autógrafa, reproduciéndola en el artículo, y que tan famosa fue siempre: “Gracias, Petenera mía,/ por tus ojos me he perdido./ Era por lo que yo más quería”. Lázaro reproduce la coplilla con el siguiente pie: “Único autógrafo del poeta dedicado al autor de este reportaje con una de sus coplas”. La foto que acompaña es la clásica de Antonio Machado sentado con su amplio sombrero en la mano derecha, reposando sobre el consabido bastón. Evidentemente, forma parte de la gran tradición popular del folklore andaluz, que su mismo padre, Antonio Machado y Álvarez (*Demófilo*) había antologado en su famoso *Libro de cantares*.

Pero es curioso que nos ofrezca la nota, siempre con su firma debajo, como actualizada o sintetizada cifra del origen de su obra teatral. Precisamente de esa obra es de la que nos va a hablar Lázaro en este artículo, para referirse después al hecho, periodísticamente más sustancioso, de la novia o las novias jóvenes de Antonio Machado. Antonio se sintió capaz de escribir, como hemos dicho, hasta el último día de su vida. Manuel, ante la insistente petición de Lázaro, le reitera una vez más: “Lo que tenía que decir lo dije ya en modos diversos: desde *Alma* hasta *Ars Moriendi*”. La réplica de Antonio parece surgir de lo más

hondo de su corazón: “Eso, morir –sentenciaba el hermano– y hundía su gran cabeza entre los hombros”. Esto nos permite constatar, incluso gráficamente, la indiferencia sonámbula de Antonio ante cualquier propuesta que no le interesara. Hacía como si no fuera con él, cuya vida interior sin embargo ardía en reflexiones profundas, fruto de las cuales son sus obras de entonces, desde los apócrifos hasta *El hombre que murió en la guerra*.

Siempre en Antonio se ve esa pose que podríamos calificar de “indiferente en apariencia”, como queriendo “pasar”, tal dicen hoy, de un mundo que no le agradaba. Ahora bien, cuando algo de veras llamaba su atención, siempre estaba allí con la palabra oportuna y exacta en los labios, tal sucede aquí. Cuando se le pregunta “si le sopla la musa Talía”, es decir, si siente interés por el teatro, de nuevo la respuesta es rápida y comprometida, pese a su apariencia: “Puede ser, si en tres actos se puede meter lo que se dice en una copla”. Ésa era su visión del teatro: desarrollar la filosofía sentenciosa y popular. No obstante, demuestra su incomodidad cuando una joven veinteañera le pregunta más de la cuenta y su forma de romper es sugerir la marcha inmediata: “¿Vamos, Manuel? Don Manuel camina a su lado calladamente, complacido de cobijar al hermano querido y, por más que nadie, admirado. Y un poco detrás de los dos el adolescente y reverente, el humilde superviviente que hoy testimonia desde el presente y hacia el futuro”. Ese es Ángel Lázaro.

A partir de este momento el artículo va a adquirir un nuevo sesgo. Dice Lázaro que los Machado, que ya habían estrenado *Desdichas de la fortuna*, calificada tópicamente como “el gran lienzo velazqueño que podía codearse con Calderón o con Lope”, se habían desanimado de nuevo. Acaso los tiempos, el ambiente de entre bastidores, que tan perfectamente conocían ambos (aunque muy en particular Antonio), les echaba para atrás. No obstante, ahora, a la altura del año 27, de nuevo volvía a tentarles la afición y se proponían escribir nuevas obras. El resultado es de todos conocido: las nuevas obras teatrales que completan su producción. La encomiástica afirmación de Ángel Lázaro nos testimonia que ya entonces ese teatro, que nosotros hemos editado en su totalidad y que ya en los últimos veinte años ha recibido la atención que requería, les atrae ahora hasta aceptarlo en algún momento como su verdadera profesión. Y quienes eran sus amigos, e incluso sus competidores, como Marquina o Benavente o el propio Ángel Lázaro, terminan por exclamar: “¿Cómo puede hacerse la nómina del teatro español contemporáneo sin contar con el teatro de los Machado, que es, no una obra sino todo un teatro?” Tal vez sea un orgullo competir con ellos. Acaso por eso le produce tanta ilusión y pondera a tal nivel lo que para Lázaro es algo inusitado, probablemente su mayor satisfacción biográfica, hasta el punto de reproducirla. Me refiero a su invitación a la lectura privada de la *Lola se va a los puertos*, que Manuel Machado le dejó una vez más en su casillero: “Querido Lázaro –dice la misiva– mañana miércoles a las 2½ de la tarde leemos a la compañía de la Membrives *La Lola se va a los puertos*. Si quiere usted escucharla, venga. Entre por el escenario (calle del Desengaño) y pregunte por mí. Hasta mañana. Un abrazo de su compañero y amigo Manuel Machado”. Este gozo se traduce en el tono que adquiere a partir de ese instante el artículo. Así lo refiere el propio Lázaro:

Al día siguiente a la hora en punto estaban don Antonio y don Manuel ante la mesilla de lectura. Toda la compañía sentada en torno. Lola, a la derecha de Don Manuel, que era el que iba a leer. Don Antonio, a la izquierda de su hermano. Leía Manuel la obra manuscrita en un cuaderno escolar forrado de hule negro; escuchaba

la primera actriz con toda su compañía la comedia con la mayor atención. El lector marcaba, tamborileando a veces con sus dedos sobre la mesilla, ciertas transiciones y efectos de la obra. Don Antonio, siempre con la cabeza hundida en el pecho, parecía estar ausente de la lectura. Pero no hay duda de que en esa obra, como en el *Julianillo Valcárcel* y todo lo que para el teatro escribieron después, estaban fundidos en una aleación perfecta los dos hermanos, que en lo lírico eran tan distintos, aunque hay algún poema de Manuel, como el de Castilla, que también hubiera firmado Antonio.

Esta apreciación de Lázaro nos parece bastante acertada, pues el tiempo ha terminado por darle la razón. Me refiero a la colaboración para el teatro, tan diferente y a la vez tan personal.

Digo que el tiempo ha terminado por darle la razón en el sentido de que nosotros mismos, en 1971, con la altivez y la osadía de los 22 años, llegamos a dedicar un capítulo completo de más de cien páginas a discernir las partes de Manuel y Antonio en el conjunto de su obra teatral. Así lo hicimos en nuestra Memoria de Licenciatura, que precisamente presentamos con el título de *La obra dramática de Manuel y Antonio Machado*, defendida en la Universidad de Granada ante un tribunal formado por los doctores Orozco Díaz, Gallego Morell y Soria Ortega. Recuerdo perfectamente que Soria, con su habitual y fingida candidez, llegó a decirme si no me parecía “demasiado aquilatar y comprometer” el hecho mismo de que me atreviera a señalar escenas concretas de cada obra, que yo atribuía sin pestañear a uno u otro poeta, a veces con los más nimios motivos. Hoy sé con seguridad que no le faltaba razón, pues incluso aquellas escenas que reproducen expresiones exactas de *Juan de Mairena* por ejemplo, no tenemos seguridad –yo no la tengo al menos– de que pertenezcan a Antonio, ya que muchas veces era el hermano –hay pruebas fehacientes– el que sugería su inclusión en tal o cual obra posterior a 1930. Por eso digo que acierta Lázaro en lo sustancial de la opinión que reproduzco: no hay duda de que en esa obra, como en el *Julianillo* y todo lo que para el teatro escribieron después, estaban fundidos en una “aleación perfecta” los dos hermanos. En efecto, así era.

Inserta después una opinión que la mayoría de los críticos ha defendido, aunque nosotros no estamos tan seguros después de haber trabajado ya bastantes años en este teatro. Me refiero a la idea, comúnmente admitida, de que era Manuel el que incitaba y animaba Antonio a escribir teatro; así lo constata Lázaro de manera palpable:

Manuel había conseguido sacar de sus casillas a Antonio metiéndolo de nuevo entre las bambalinas. Digo ‘otra vez’ porque tiempo después, estando yo una tarde viendo un ensayo de *Tierra baja*, de Guimerá, que lo había estrenado en catalán hacía mucho tiempo pero que lo ensayaba con nuevo elenco, vi de pronto que Don Antonio trataba de contener la risa, moviendo aquellos hombros de tosedor y fumador constante.

–¿De qué se ríe usted?, le pregunté.

–Me río –respondió tratando de bajar la voz lo más posible– porque el papel de uno de esos mozos que entran ahí como comparsas lo he hecho yo cuando era muy mozo también.

Y, en efecto, así fue: un personaje tan secundario de *Tierra baja* que no hace falta ni siquiera citar.

Luego constata un hecho no desconocido pero, en mi opinión, insuficientemente valorado y entendido en toda su importancia: el aprendizaje teatral de los Machado fue a base de traducciones y refundiciones de obras ajenas, tal como pusimos de manifiesto en nuestro artículo inserto en el *Homenaje a Gallego Morell* (Chicharro 1989). Reproduce una opinión de Marquina, que se admiraba de cómo los Machado habían sabido esperar su oportunidad para consagrarse como autores teatrales, pues el teatro era, en efecto, lo que permitía vivir con cierta comodidad en aquellos años a los autores. No olvidemos que ya en mayo de 1918, es decir, en su etapa baezana, soñaban Antonio y su madre, Doña Ana Ruiz, con un triunfo teatral que les produjera “oro y nombradía”. La señora iba incluso más allá, pensando en la posibilidad de obtener dinero con que comprar un hotelito campestre a cuenta de futuros triunfos que ella, como muchas mujeres, daba ya por conseguidos.

En tan triunfal previsión no se equivocó, pues fue precisamente tras el estreno de *La Lola se va a los puertos* cuando los Machado pudieron disfrutar de una situación económica relativamente holgada. Puede verse a este propósito nuestro trabajo que insertará la revista Ojancano de la Universidad de Georgia (en curso de publicación). Así Ángel Lázaro reitera e insiste en este mismo asunto: “Sí. El teatro, que es en España lo que da el triunfo ruidoso a un poeta haciéndolo conocer de todo el mundo, hacía que el solitario y desconocido Antonio Machado saliera a saludar a escena, un poco torpón y como ajeno a todo aquello, de la mano de su hermano Manuel”. Así era. Pero con la convicción que tenemos de que ese “torpón” era quien incitaba, por verdadera vocación a escribir teatro con su hermano.

Y ahora una parte bastante novedosa, por lo desconocida del público en general, que trata Ángel Lázaro con la debida delicadeza y que nosotros pretendemos respetar en idéntico grado. “Cuando murió Leonor –dice Lázaro–, la esposa inolvidable, después de sólo tres años de matrimonio, le escribía a Juan Ramón: «Cuando murió Leonor pensé pegarme un tiro».... Había muerto la vida para él. Pensó en hacerse viejo, aunque era un viudo joven todavía”. Pero parece que el tiempo todo lo cura y el pacato y morigerado don Antonio tuvo su nueva vida sentimental (además de Guiomar).

Llegó a entablar profunda amistad con una chica joven. Eso le planteó profundos y serios dilemas: ¿Casarse con otra? ¿Sustituir ella en un hogar buscando solamente el olvido de la Leonor amada? Ya se iría arreglando como pudiera (‘Porque yo he visto beber en los charcos de la calle... Caprichos tiene la sed’) había escrito.

Se trata de una historia no muy bien conocida. Hace ya bastantes años que los biógrafos machadianos vienen aludiendo mínimamente al asunto de sus relaciones personales con algunas mujeres, además de las dos más que conocidas (con Leonor y con Guiomar). Hace ya también muchos años recordé en mi trabajo sobre la estancia de Machado en Baeza (Chicharro 1985b) su amistad o algo más en aquella ciudad con Francisca de la Poza, María del Reposo Urquía y alguna otra joven mujer. Siempre insisto en la juventud, porque es algo recurrente en la relación de Machado con otras mujeres. Puede verse también nuestra última contribución a este asunto en el estudio que publicamos con motivo del centenario de la llegada de Machado a la ciudad (1912-2012) (Chicharro 2012).

No es, por tanto, la primera vez que me ocupo de este asunto. Es más: tengo el convencimiento personal de que fue bastante menos constante de lo que solemos creer en el recuerdo y fidelidad a Leonor desde fecha muy temprana; es decir, desde su etapa en la ciudad de Baeza (1912-1919), o en la fidelidad a la misma Pilar de Valderrama. El artículo que comentamos de Ángel Lázaro viene a confirmar el hecho con la misma y documentada convicción, pues esta tercera entrega ser subtitula exactamente “El amor oculto del poeta”. Comienza recordando el hecho de su amor real y por él conocido. Y rápidamente concreta y nos informa de éste, que ha pasado o bien inadvertido o intencionadamente silenciado. Ese amor desconocido al que se refiere Lázaro significó bastante más en su vida de lo que solemos decir; algo así como la famosa “Marga” de Juan Ramón Jiménez, la chica que se suicidó al no sentirse correspondida por el poeta, como es de sobra conocido.

Ángel Lázaro conoció personalmente a esta mujer, incluso nos comentó en 1974 algo de su carácter sumiso, reservado, incapaz de hacerse notar y muy enamorada de Antonio Machado, hasta el punto de establecerse entre ambos una relación que podemos calificar como seria; por supuesto, sin que ella supiera que era el gran poeta que todos, a la altura de los años treinta del pasado siglo, conocían de sobra. Por eso la describe con tal precisión. Su relación con Machado la cuenta Lázaro con expresiones que nos parecen –o son– de primera mano:

No era aquella chica un charco de la calle. Parecía una obrerita artesana, oficiala de taller o que trabajase en casa para sastrería o camisería. El cabello, castaño; la boca, rasgada; sonrisa de muchacha honesta. Una tarde se sacó del pecho –yo entonces la veía con frecuencia– una hoja de periódico muy doblada y me dijo: –“¡Mira! Es Antonio”. Sí, era Antonio Machado, retratado por Alfonso con Manuel, en esa foto tan socorrida en que se ve a Antonio sentado y a Manuel en pie, cigarrillo entre los dedos, apoyado el codo sobre un cofrecillo que está en la mesa.

El diálogo que se entabla entre la chica y Ángel Lázaro es tan sabroso que merece la pena ser reproducido en su mayor parte:

–¿Pero tú sabes quién es este hombre? –le preguntó asombrado–. Es el más grande poeta que tenemos hoy en España. –Sí –respondió ella confusamente y con alegría a un tiempo–. Yo no sabía nada de él y él me decía que nunca le preguntase de su vida. Pero, ya ves, el retrato en el periódico. –Sí, es él...!–¿Pero tú le has hablado de este descubrimiento?

–Le enseñé el periódico y se quedó serio, como avergonzado, como si le contrariase y sufriera un desencanto, porque él quería que yo... Vamos, que me fuera simpático por sí mismo, por bueno, ¡qué sé yo! Es tan bueno, tan tímido.

Como hemos avanzado, la relación no fue cosa de un día. Lázaro conoció a la chica perfectamente, la llegó a tratar personalmente durante bastante tiempo. Supo que ella quería a Don Antonio por sí mismo y, cuando se enteró de que era el poeta de fama, reconocido por todos, aquel en quien ella no veía más que a un hombre bueno y a un amante cariñoso, se desencantó por completo, como si la hubiera engañado con otra. Lázaro lo constata de manera clara. La escena que sigue a aquel inesperado descubrimiento se puede

fácilmente imaginar: incredulidad, confusión, remordimiento, disgusto, a la vez que profundo cariño y ansias de ruptura definitiva, tal como en efecto sucedió. Lázaro lo supo de primera mano, fue testigo directo y sólo a la altura de sus setenta y cinco años lo confesó públicamente en este artículo que, como sabemos, no tuvo la menor trascendencia entre la maraña de publicaciones con motivo del centenario del nacimiento de Antonio Machado: la chica quedó defraudada para siempre, incrédula y sin respuesta, sintiendo en el fondo de su alma que algo a un tiempo muy tenue y muy profundo se había roto para siempre:

Me pareció que se le aguaban un poco los ojos –dice Lázaro– mientras doblaba de nuevo la hoja del periódico en cuatro partes, y percibí que aquella chica, tan joven y bonita, sentía verdadero cariño y respeto por aquel señor mayor, que aún parecía tener más edad de la que tenía, unos cincuenta años.

La pregunta de Lázaro que, como digo, conoció y tuvo amplia relación con aquella mujer a la altura de 1975 es qué habría sido de aquella mujer, cuyas iniciales eran L. H. Nos confirma efectivamente: “Se llamaba ‘Hacha’. En portugués y en gallego se dice Machado también. ¿Qué habrá sido de ella?”.

Nos llama la atención que está Lucía Hacha (éste es su nombre real, según nos confesó) no haya sido citada jamás por nadie, salvo por Ángel Lázaro, que nos comentó hace casi de cuarenta años quién era aquella chica y la relación íntima que mantuvo con Antonio Machado. De ahí el valor que concedemos a su testimonio escrito, aunque sea sólo con las iniciales, pero perfectamente claro. Nos llama la atención, asimismo, esta “vocación” machadiana por las mujeres jóvenes, que nosotros relacionamos perfectamente con la intimidad de Don Antonio con otras chicas jóvenes, como Francisca de la Poza o María del Reposo Urquía, asunto que Lázaro llega a consignar incluso con estas iniciales y luego el apellido de aquel frustrado amor que Antonio, como en otras ocasiones, experimentó por una mujer joven y que al final el destino frustró, probablemente sin causa. Las circunstancias sociales del momento eran esas y aquella muchacha, enamorada de verdad, no pudo entender más que había sido engañada. Hoy, probablemente, no hubiera sucedido así. Pero todo quedó en eso. Un apellido (Hacha) y un nombre (Lucía), que no llegó a escribir, es lo único que nos queda de ella.

Los recuerdos están ya a punto de concluir. Las anécdotas bullen en la mente de Lázaro a sus setenta y cinco años. Ya no tiene más espacio y sabe que debe resumir. Para finalizar se decide por las reuniones y por el apellido Machado que los une aun en contra de su voluntad. A este respecto constata:

A propósito de una de aquellas reuniones en el café con los dos hermanos, en que don Antonio hablaba apenas y se limitaba a asentir con la cabeza a lo que don Manuel decía, pregunté al hermano mayor, que parecía como he dicho el menor:

–¿Cree usted que los que se apellidan Machado tienen algún parentesco entre sí?

Levantó la cabeza don Antonio con aquel aire sonámbulo, mientras don Manuel explicaba. En efecto, se extiende Manuel Machado sobre el origen portugués del apellido, que se

cifra en una familia de tres hermanos, uno de los cuales se asentó en Sevilla, otro en Brasil y el otro en Centroamérica. Comenta que los Machado brasileños y los sevillanos tienen algo en común, aunque no sea más que esa alegría que Manuel atesoraba en su juventud.

La última anécdota que cuenta nos dice mucho del carácter de don Antonio:

Otra noche, en el despacho del director de *La Libertad*, donde solía acudir Antonio Machado a esperar a su hermano Manuel, los vi por la noche. Antonio Machado bajaba desde Segovia a pasar el fin de semana con sus hermanos Manuel y José y la madre en un modesto piso cercano de la glorieta de Bilbao, me atreví a decirle a don Antonio: 'quisiera tener... yo... y perdóneme... Quisiera tener un pequeño autógrafo de usted. Y le alargué una cuartilla, que conservo naturalmente, es decir, milagrosamente entre tantas cosas perdidas o dispersas; una cuartilla, no un folio, porque entonces aún no se escribía máquina en las redacciones.

Antonio Machado, sin decir palabra, tomó la cuartilla y escribió una de sus coplas. (Lázaro 1975)

Era la misma que antes hemos reproducido y comentado.

El final es un apresurado resumen de las circunstancias archisabidas que rodearon a los hermanos durante la guerra y que tanto influyeron en la habitual desinformación e interesada tergiversación que de las relaciones entre ambos se tiene. Y le sale una frase inconclusa, que queremos respetar en su literalidad, prueba del apresuramiento que decimos: "Aún no había llegado la guerra que había de separar a los dos hermanos, porque al ser, no melodrama con buenos y malos, en dos bandos completamente diferentes, sino tragedia capaz de separar en distintos tipos campos aquellos dos hermanos entrañables...". Algo falta aquí. En efecto, la guerra los separó para siempre, como se ha contado y recontado. No hay que insistir en lo evidente, aunque acaso no esté dicha aún la última palabra.

Lázaro recuerda el dato como una tragedia capaz de separar a todas las familias españolas, sin explicación. Este asunto lo tratamos ya convenientemente en un artículo que citamos en la bibliografía adjunta, inserto en la revista *Códice*: "Ángel Lázaro y la guerra civil española". Allí dejamos estudiada la actitud de Lázaro. Estamos por concluir que posiblemente fue de los españoles que antes desearon y dejaron por escrito la unidad de los hermanos, basada en el más sincero perdón. En nuestro artículo lo ponemos de manifiesto con sobrados textos y argumentos.

Igual sucede en su obra americana, en su libro *Sangre de España*, el primero que, publicado en La Habana en 1940, reivindica la necesaria reconciliación, sin la cual el pueblo español no será nunca él mismo. En nuestro artículo inserto en el *Homenaje a Cristóbal Cuevas* comentamos dicho libro suficientemente. Esa abierta y tolerante actitud demuestra su hombría de bien, su capacidad y visión humana, que tuvimos ocasión de constatar en varias entrevistas a lo largo de los años 1974 y 1975, en el Madrid que aún no era el de la transición, en el que tantas dudas albergábamos todos. Pensemos y recordemos para los desmemoriados que estos artículos son anteriores en varios meses al 20 de noviembre de 1975. Nosotros, desde 2013, evocamos aquellas entrevistas con verdadero cariño, fruto de las cuales son las informaciones más o menos novedosas que hayamos podido aportar en el presente trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

- ARIAS SOLÍS, Francisco (2010) *Ángel Lázaro Machado*. [En línea:] <http://blogsdelagente.com/franciscoarias/2010/3/26>.
- CHICHARRO CHAMORRO, Dámaso (1976) *En el contexto de teatro en verso: los Machado y Ángel Lázaro (Un intento de aproximación a través de la crítica)*. Resumen de tesis doctoral. Granada, Universidad de Granada.
- (1977) *El teatro de Ángel Lázaro*. Granada, Departamento de Publicaciones de la Universidad de Granada.
- (1985a) "En la muerte de un dramaturgo olvidado: Ángel Lázaro". *Ideal* (Granada). 28 de mayo.
- (1985b) "Antonio Machado y Baeza: del rechazo a la conversión". En: *Historia de Baeza*. Granada, Universidad de Granada y Ayuntamiento de Baeza.
- (1989) "Gabriel Celaya sobre Gabriel Celaya". En: *Homenaje al Profesor Antonio Gallejo Morell*. Granada, Universidad de Granada: I 371-385.
- (1992) "El teatro de los Machado: revisión crítica de la bibliografía tras el aluvión del cincuentenario". *Revista de Literatura*. 108: 653-664.
- (1995) "Manuel Machado y Ángel Lázaro: a propósito de un estreno y un poema". *Archivo Hispalense. Revista histórica, literaria y artística*. 78(237): 81-94.
- (1996a) "Sobre Lorca y Ángel Lázaro: empatía en entrevistas fructíferas". *Mágina*. 1: 45-53.
- (1996b) "Ángel Lázaro y la Guerra Civil Española". *Códice*. 10: 19-26.
- (1996c) "Unamuno y Ángel Lázaro: Noticia de una relación desconocida (A propósito de dos olvidados artículos en el diario *Pueblo*)". *Anuario de Estudios Filológicos*. 19: 163-176.
- (1996d) "Dos poetas frente a frente: Unamuno y Ángel Lázaro". *Revista Liceo*. 1: 26-30.
- (2005a) "Ángel Lázaro y su libro *Sangre de España, elegía de un pueblo. Poemas*". En: Salvador Montesa (ed.) *A zaga de tu huella, Homenaje al Profesor Cristóbal Cuevas García*, 2 vols. Málaga, Universidad de Málaga, tomo II: 335-360.
- (2005b) Edición y estudio de Mariana de Carvajal y Saavedra *Navidades de Madrid y noches entretenidas*. Jaén, Instituto de Estudios Giennenses.
- (2012) "El poeta Antonio Machado en Baeza, evocación y creatividad". En: *Antonio Machado y Baeza, 1912-2012. Cien años de un encuentro* [Catálogo]. Madrid, Sociedad Estatal de Acción Cultural y Ayuntamiento de Baeza: 103-119.
- FERNÁNDEZ ROJANO, Guillermo (2011) *José Viñals. El poeta itinerante (etapa americana)*. Universidad de Jaén, tesis inédita.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (2008) *Guerra en España, prosa y verso (1936-1954)*. París, Point de Lunettes.
- LÁZARO MACHADO, Ángel (1975a) "Cómo conocí al poeta". *Pueblo*, 18 de agosto.
- (1975b) "No le gustaban las tertulias". *Pueblo*.
- (1975c) "Un amor oculto del poeta". *Pueblo*.
- RONDÓN, José María (2009) *El Mundo de Andalucía*, 13 de noviembre.